



Burrieza Sánchez, Javier: *El nacionalcatolicismo: discurso y práctica*. Madrid, Cátedra, 2019. 479 pp.

La obra que nos ocupa constituye una aproximación al nacionalcatolicismo en España desde sus precedentes más remotos, con la creación de una Monarquía Católica, hasta su desaparición como teología política, debido al *aggiornamento* de la Iglesia del Concilio Vaticano II. Su autor, Javier Burrieza Sánchez, es profesor de Historia Moderna en la Universidad de Valladolid y un experto en la Historia de la Iglesia que cuenta con importantes publicaciones relativas a la Compañía de Jesús, la Semana Santa vallisolemana y otros temas afines. En este último libro ha decidido proyectar su campo de especialización desde la Edad Moderna a la Edad Contemporánea abordando la teoría y la praxis del nacionalcatolicismo, sumándose así a un buen número de especialistas –que conoce y cita a lo largo del texto– interesados por la amalgama de comunidad nacional y comunidad de creyentes en la España contemporánea.

Burrieza señala que en el debate actual sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado se utilizan conceptos como “laicismo”, “confesional” y “aconfesional” o “secularización” de manera muy laxa. Esto también afecta al de “nacionalcatolicismo”, añadiéndose en este caso una carga política peyorativa por su vinculación con la dictadura del general Franco. Por ello propone en el primer capítulo del libro, de carácter introductorio, una clarificación conceptual de lo que es el nacionalcatolicismo, que entiende como una “monopolización del patriotismo”, siguiendo al psicólogo social Daniel Bar-Tal, así como una “teología política” más o menos precisa, en los términos del teólogo jesuita Alfonso Álvarez Bolado. A ello añade una visión histórica de larga duración, que toma de José Manuel Cuenca Toribio, al proponer el análisis de este fenómeno como una construcción progresiva a partir de las cuatro restauraciones religiosas del siglo XIX (1814, 1823, 1845/1851 y 1876) y la del siglo XX (1939).

Hecha esta aclaración conceptual y metodológica en el primer capítulo –que termina con un epígrafe sobre “Los nacionalismos periféricos y el catolicismo” que debería situarse en capítulos posteriores–, Burrieza entra en materia en las páginas siguientes (segundo, tercer, cuarto y quinto capítulos), que constituyen ya el grueso de la obra. El autor analiza las relaciones entre la Iglesia y el Estado y la configuración del discurso nacionalcatólico (desde la Edad Moderna hasta Franco), los medios por los que se difundió (escuela, prensa, iconografía, himnos y cinematografía) y sus representaciones (devociones religiosas, el intento de beatificación de Isabel la Católica, el modelo de mujer). Para ello se sirve de los textos doctrinales de los autores que trata, pero también de fuentes hemerográficas y de boletines de algunos obispados, una fuente esencial para conocer el catolicismo a partir del último tercio del siglo XIX. A ello se añade el apoyo de una bibliografía actualizada y rigurosa. El libro finaliza con un capítulo (el sexto) que analiza la desaparición del nacionalcatolicismo al término de la dictadura franquista y unas reflexiones finales en la que reitera su queja contra el abuso de un término que denota una realidad ya inexistente.

Uno de los aspectos más interesantes del libro es la particular visión que puede proporcionar un modernista del fenómeno que estudia, habida cuenta de que durante

los siglos modernos la interrelación entre política y religión es evidente, como sugiere la propia denominación de la Monarquía hispana como Monarquía Católica. El autor afirma la importancia del catolicismo en la construcción del Estado moderno y la Monarquía, ya que el proceso de confesionalización –general en la Europa de los siglos XVI y XVII– sirvió para reforzar la “identidad nacional y territorial” de los súbditos (p. 53). Que esa identidad pueda calificarse de “nacional” es debatido y debatible; en todo caso, lo sustancial es cómo esa identificación mesiánica entre comunidad política y catolicismo acaba configurando un discurso excluyente y contrarrevolucionario, y eso, como pone de relieve el autor, se produciría a lo largo del siglo XIX. En este sentido, Burrieza traza una línea de continuidad que aparece en la anti-Ilustración del siglo XVIII y la Guerra de la Convención, se empieza a elaborar doctrinalmente con Jaime Balmes y Juan Donoso Cortés y, pasando por los neocatólicos, cristaliza en Marcelino Menéndez Pelayo y su *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1882). A partir de entonces, el nacionalcatolicismo se proyectó hacia el siglo XX con aportes como el de Ramiro de Maeztu o la explicación providencialista de la Guerra Civil como “cruzada”, hasta servir de cobertura ideológica a la dictadura del general Franco tras imponerse al proyecto totalitario falangista. El tratamiento de esta evolución no es homogéneo y, por ejemplo, de las 98 páginas del segundo capítulo, 28 están dedicadas a la Edad Moderna, mientras que apenas se menciona el Bienio Progresista –hito clave por el debate constitucional de la confesionalidad del Estado, precisamente cuando Pío IX había elevado a dogma un misterio tan “español” como el de la Inmaculada Concepción, como ha señalado Raúl Mínguez Blasco–. Asimismo, para el análisis de las relaciones entre Iglesia y Estado y de los inicios del discurso nacionalcatólico en el siglo XIX, se echa en falta una perspectiva como la que ofrecen José María Portillo o Gregorio Alonso, entre otros, en torno a la “nación católica” como proyecto de construcción nacional liberal.

No obstante, Burrieza va más allá de la dimensión doctrinal y analiza los medios de difusión y las representaciones del nacionalcatolicismo, y este es, sin duda, uno de los aciertos del libro, al poner en relación esa teología política con la propia sociedad de su tiempo. Es en este aspecto donde mejor puede apreciarse el potencial movilizador del nacionalcatolicismo, su uso instrumental de los medios de comunicación modernos y cómo todo su aparato simbólico (ritualidad, devociones religiosas, modelo católico de mujer) conectaba con la sensibilidad religiosa de una parte importante de la población. Por otra parte, el autor podría haber incorporado aportaciones relevantes sobre este tipo de fenómenos, como las de Joseba Louzao, Francisco Javier Ramón Solans o Rebeca Arce Pinedo.

La conclusión del autor es que “la religiosidad del nacionalcatolicismo no produjo grandes y duraderos frutos en la Iglesia católica española; no contribuyó a la formación de los católicos en ámbitos esenciales como el de la Sagrada Escritura; no fue comprendida su liturgia, vivida más como obligatoria y componente del mundo de las apariencias sociales y externas” (p. 454). Fue, por tanto, una teología política a la defensiva, que al final se sirvió de la violencia para hacer efectiva la reconquista espiritual de la sociedad en la Guerra Civil. Pero, al mismo tiempo, entender el nacionalcatolicismo en su complejidad es fundamental para comprender la relación simbiótica entre Iglesia y Estado, política y religión, nación y catolicismo en la España contemporánea. El libro de Javier Burrieza nos propone un análisis sucinto, pero ponderado, de todo ello.

David Martínez Vilches
Universidad Complutense de Madrid
damart06@ucm.es